

LAS VIRTUDES EN LA VIDA MORAL

(I)

La vida cristiana se fundamenta en una especial elección divina, que distingue y enriquece a las almas *según la previsión de Dios Padre, para ser santificados del Espíritu Santo y obedecer a Jesucristo y ser rociados con su sangre*¹. Esa llamada es una gracia, un don inmerecido que llena al hombre de bienes —que tienen en la filiación divina adoptiva su cumbre y su raíz²—, a la vez que le descubre las exigencias de esa nueva condición: *portarse como hijos obedientes, no conformándose ya con las concupiscencias que teníais antes, en el tiempo de vuestra ignorancia, sino que conforme a la santidad del que os llamó, sed santos en todo, pues está escrito: santos habéis de ser, porque yo soy santo*³.

Este mandato divino no supone de suyo un abandono del propio camino terreno, *porque no es la vida corriente y ordinaria, la que vive un hombre entre los demás ciudadanos, sus iguales, algo chato y sin relieve. Es en esas circunstancias donde el Señor quiere que se santifique la inmensa mayoría de sus hijos...*

Dios nos llama a través de las incidencias de la vida de cada día, en el sufrimiento y en la alegría de las personas con las que convivimos, en los afanes humanos de nuestros compañeros, en las menudencias de la vida de familia. Dios nos llama también a través de los grandes problemas, conflictos y tareas que definen cada época

(1) 1 Petr. 1, 2;
(2) cft. Rom. VII, 16-17;

(3) 1 Petr. 1, 14-16;

*histórica, atrayendo esfuerzos e ilusiones de gran parte de la humanidad*⁴.

LA SANTIDAD, PLENITUD DE LA VIDA CRISTIANA

La llamada divina a la santidad exige mucho más que ser humanamente buenos. Es ser sobrenaturalmente buenos, es participar de esa bondad divina de la que Cristo nos enseñó que es la única que merece verdaderamente tal nombre: *¿por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino sólo Dios*⁵.

La santidad exige una adhesión pronta, constante y perseverante a la Voluntad divina; es decir, el empeño por desarrollar el don recibido con la llamada de Dios —empezando y volviendo a empezar cuantas veces sea necesario⁶—, que refleje esa entereza y constancia en el bien, característica de la vida plenamente cristiana.

*La santidad: ¡cuántas veces pronunciamos esa palabra como si fuera un sonido vacío! Para muchos es incluso un ideal inasequible, un tópico de la ascética, pero no un fin concreto, una realidad viva. No pensaban de ese modo los primeros cristianos, que usaban el nombre de santos para llamarse entre sí, con toda naturalidad y con frecuencia: os saludan todos los santos (Rom. XVI, 15), saludad a todo santo en Cristo Jesús (Philip. IV, 21)*⁷.

No es raro que al hablar de santidad se subrayen los aspectos más llamativos: las grandes pruebas, las circunstancias extraordinarias, el martirio; como si la vida cristiana arrostrada con todas sus consecuencias fuera empresa de unos pocos selectos, de gente excepcional. Pero la intención explícita del Señor es que todas las almas sean santas: *ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación*⁸.

Esa llamada promete al cristiano una vida difícil, arriesgada, en perpetua tensión. *¡Cómo ha sido desfigurado el cristianismo, cuando ha querido hacerse de él una vía cómoda! Pero también es una desfiguración de la verdad pensar que esa vida honda y seria, que conoce vivamente todos los obstáculos de la existencia humana, sea una vida de angustia, de opresión o de temor.*

El cristiano es realista, con un realismo sobrenatural y humano que advierte todos los matices de la vida: el dolor y la alegría, el

(4) Homilía *Cristo presente en los cristianos*, 26-III-1967;

(5) Luc. XVIII, 19;

(6) cfr. *Camino*, n. 292;

(7) Homilía *La muerte de Cristo, vida del cristiano*, 22-III-1970;

(8) 1 *Thes.* IV, 3;

sufrimiento propio y ajeno, la certeza y la perplejidad, la generosidad y la tendencia al egoísmo. El cristiano conoce todo y se enfrenta con todo, lleno de entereza humana y de la fortaleza que recibe de Dios ⁹.

Dios ha hecho posible que todas las almas aspiren a una vida cristiana plena, perfecta, derramando copiosamente sus dones por Jesucristo, Salvador nuestro ¹⁰. Con su gracia nos ha fortalecido, y con su *ley perfecta de la caridad* ¹¹, infundida en el alma mediante esa misma gracia, nos ha instruido acerca de su voluntad salvífica, de sus pensamientos de amor y de paz hacia los hombres: *mis designios para vosotros —oráculo de Yavé—, son designios de paz y no de desventura, de daros un porvenir y una esperanza* ¹².

NATURALEZA DE LAS VIRTUDES MORALES

El Señor actúa su decreto santificador contando siempre con la libertad del hombre. Sus dones, superando las exigencias de la naturaleza humana, no actúan fuera de ella. El orden sobrenatural ni destruye ni prescinde del orden natural, *por el contrario, lo levanta y perfecciona, y cada uno de los dos órdenes presta al otro un auxilio, como un complemento proporcionado a su propia naturaleza y dignidad, puesto que ambos proceden de Dios, que no puede menos de estar de acuerdo consigo mismo* ¹³.

En la conducta moral, los auxilios sobrenaturales son necesarios sobre todo porque sin ellos no sería posible la participación en la vida divina; pero esos auxilios son eficaces porque hay en el hombre la posibilidad de recibirlos y de conformarse a ellos, actuando en armonía con la iniciativa salvífica de Dios: en una palabra, de obedecer a la gracia ¹⁴.

En la naturaleza humana existen diversas aptitudes para cooperar con el querer de Dios. En orden a desarrollar una vida cristiana sincera y establemente encaminada hacia el bien, el Creador ha constituido a la persona humana con la propiedad de que sus actos buenos se inscriban en el alma, dejen una huella, en forma de hábito que perfecciona su naturaleza, la hace mejor, y le facilita la perseverancia en el camino

(9) Homilia *La conversión de los hijos de Dios*, 2-II-1952;

(10) cfr. *Tit.* III, 6;

(11) *Jacob.* I, 25;

(12) *Jerem.* XXIX, 11;

(13) Pío XI, enc. *Divini illius Magistri*, 31-XII-1929;

(14) cfr. *I Cor.* XV, 10; *II Cor.* VI, 1; *Galat.* III, 1; *V.* 7; *I Tim.* IV, 14; *II Tim.* I, 6;

del bien. Esto es precisamente la virtud: *lo que hace bueno a su poseedor y buena su obra*¹⁵.

La virtud no es la simple disposición natural para comportarse de determinada manera: con paciencia ante las adversidades, lealmente según los compromisos contraídos, etc. Estas disposiciones pueden constituir un buen fundamento para crecer en la vida cristiana; pero la verdadera virtud no es fruto del saber hacer, ni de la experiencia, ni de decisiones impulsivas, ni tampoco de la elección ponderada para conseguir un bien particular, *como es el honor, el placer o la riqueza; o evitar algún mal, como es el ridículo, el dolor o el daño*¹⁶. La virtud arraiga en el alma, perfeccionándola, cuando el hombre se ejercita en una tarea moral, con la intención puesta en el Bien, sin limitación alguna. Por eso la virtud es también *una cualidad buena del alma por la que se vive bien y de la que nadie puede hacer mal uso*¹⁷, porque pertenecé a su esencia el enderezar la conducta humana hacia su fin último.

*La verdadera dignidad y excelencia del hombre consiste, pues, ...en la virtud. La virtud es patrimonio común de todos los mortales, e igualmente la pueden alcanzar los altos y los bajos, los ricos y los pobres. Sólo a las virtudes y al mérito, en quienquiera que se hallan, se ha de dar el premio de la eterna bienaventuranza*¹⁸.

IMPORTANCIA DE LAS VIRTUDES EN LA VIDA MORAL

La vida cristiana tiene como objetivo inmediato el desarrollo de las virtudes. Y para eso es necesario *aprender a obrar el bien*¹⁹, determinarse decididamente a cumplir la voluntad divina. Apenas arraiga en el alma, la virtud conduce al hombre, suave pero continuamente, hacia la perfección de vida. En sus inicios le mueve con metas pequeñas y asequibles, pero conforme progresa le hace apreciar mejor la maravilla del bien, y le empuja a realizarlo con mayor prontitud y alegría. Por eso, *la perfección humana en ninguna otra cosa consiste sino en el conocimiento y en la práctica de la virtud*²⁰.

En esta tarea, el hombre cuenta siempre con la ayuda de Dios. La gracia, no sólo sana y robustece su naturaleza, facilitándole el cultivo de las virtudes naturales, sino que además le infunde unas virtudes so-

(15) Santo Tomás, *S. Th.* I-II, q. 55, a. 3;

(16) *Ibid.*, II-II, q. 123, a. 1 ad 2;

(17) San Agustín, *Retractationes* I, 9;

(18) León XIII, enc. *Rerum novarum*, 15-V-1891;

(19) *Isai.* I, 17;

(20) León XIII, enc. *Sapientiae christianae*, 10-1-1890;

brenaturales que son puro regalo divino²¹, y que por lo mismo se denominan virtudes infusas.

Así como todos los dones que nos ha dado la potencia divina correspondientes a la piedad y vida cristiana, se nos han comunicado por el poder de Aquel que nos llamó por su gloria y por su virtud, también por El mismo nos ha dado Dios las grandes y preciosas gracias que nos había prometido, para haceros partícipes de la naturaleza divina por medio de estas mismas gracias, huyendo de la corrupción de la concupiscencia que hay en el mundo.

Vosotros, pues, habéis de centrar toda vuestra atención en juntar con vuestra fe la fortaleza, con la fortaleza la ciencia, con la ciencia la templanza, con la templanza la paciencia, con la paciencia la piedad, con la piedad el amor fraternal, y con el amor fraternal la caridad. Porque si estas virtudes se hallan en vosotros y van creciendo más y más, no quedará estéril y sin fruto el conocimiento que tenéis de nuestro Señor Jesucristo. Mas quien no las tiene, está ciego y anda a tientas, olvidado de qué manera fue lavado de sus antiguos delitos. Por tanto, hermanos, esforzaos más y más para asegurar vuestra vocación y elección por medio de las buenas obras²².

Las virtudes son un medio necesario para realizar la propia vocación, para llevar a término la empresa que Dios confía a cada alma, como participación en la misión redentora de su Hijo. Pero, al mismo tiempo, son ya una realización de esa llamada, en cuanto que las virtudes cristianas —naturales e infusas— perfeccionan el alma a imagen del único y perfecto modelo, que es Nuestro Señor, y nos identifican con El, despertando sus mismos sentimientos²³ e imitando sus ejemplos²⁴. Unas y otras, las virtudes naturales y las infusas, realizan esta tarea de manera distinta.

FUNCIÓN DE LAS VIRTUDES HUMANAS

Las virtudes naturales constituyen como un punto de apoyo para las sobrenaturales. Negar la bondad de esos hábitos operativos —como hicieron los jansenistas, siguiendo la doctrina protestante de la per-

(21) cfr. Concilio de Vienne, const. *De Summa Trinit. et fide cath.*, D. 483 (904); Inocencio III, ep. *Maiores Ecclesiae causas*, año 1201, D. 410 (780); Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 7, can. 11, D. 800, 821 (1530, 1531, 1561);

Catecismo de San Pío V, p. II, cap. II, n. 51;

(22) II *Petr.* 1, 3-10;

(23) cfr. *Philip.* 11, 5;

(24) cfr. *Ioann.* XIII, 15; I *Cor.* IV, 16; XI, 1; II *Petr.* II, 21;

versión radical de la naturaleza humana ²⁵—, o despreciar su necesidad —también por este error fue condenado el espiritualismo de los quietistas ²⁶— es desconocer el modo de ser humano y de sus relaciones con el mundo que le rodea, realidades que la gracia eleva y perfecciona sin trastornar su íntima esencia.

El cristiano, lo mismo que los demás hombres, ha de esforzarse por vencer las dificultades y peligros *aun a costa de la hacienda, de la honra y de la vida* ²⁷ para alcanzar el fin de su vocación. En el orden de la gracia como en el de la naturaleza, el bien no se impone a la voluntad ni es realizado sin esfuerzo: *violenti rapiunt* ²⁸, sólo los fuertes lo conquistan. También debe moderar sus pasiones, para que no le desvíen del fin al que Dios le llama, para no fijar su morada definitiva en la ciudad terrena, en lugar de ir *en busca de la que está por venir* ²⁹. Y, puesto que no recorre ese camino aisladamente, sino en compañía de sus semejantes, formando parte de la sociedad de los hijos de Dios, el cristiano debe vivir la justicia, dando a cada uno lo que le corresponde, fiel a los compromisos que ha contraído ante Dios y ante los hombres. Además, al vivir en un mundo de realidades concretas, en las que tiene que descubrir qué es objetivamente lo que Dios quiere de él en cada momento, el cristiano ha de ser prudente: tener en el momento justo la medida oportuna ³⁰.

Las virtudes humanas son particularmente importantes para el cristiano que ha sido llamado a participar de la vida y misión redentora de Cristo, santificando las cosas temporales y los deberes propios de su estado. Contribuyen positivamente a la perfección humana de las realidades que son la materia y el ámbito de su vocación cristiana; ayudan *a realizar vuestro trabajo con perfección, a amar a Dios y a los hombres al poner amor en las cosas pequeñas de vuestra jornada habitual, descubriendo ese algo divino que en los detalles se encierra... Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor*

(25) cfr. San Pío V, bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, nn. 16, 25, 36, 37, 38, 62; D. 1016, 1025, 1036, 1037, 1038, 1062 (1916, 1925, 1936, 1937, 1938, 1962); Alejandro VIII, *Decreto del Santo Oficio*, 7-XII-1690, nn. 7-9, D. 1297-1299 (2307-2309); Clemente XI, const. *Unigenitus Dei Filius*, 8-IX-1713, prop. 44-67, D. 1394-1417 (2444-2467);

(26) cfr. Inocencio XI, *Decreto del Santo Oficio*, 28-VIII-1687, y const. *Coelestis Pastor*, 20-XI-1687, D. 1221 ss (2201 ss); Inocencio XII, breve *Cum alias ad apostolatus*, 12-III-1699, prop. 18, D. 1344 (2368);

(27) *Camino*, n. 519;

(28) *Matth.* XI, 12;

(29) *Hebr.* XIII, 14;

(30) cfr. *Luc.* XII, 42;

la más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios³¹.

Por eso es parte muy principal del espíritu del Opus Dei fomentar en la vida, en el carácter de mis hijos, las virtudes humanas: nuestra Madre la Obra nos quiere amigos de la libertad y de la responsabilidad personal, sinceros, leales, generosos, abnegados, optimistas, tenaces, decididos, con rectitud de intención y capacidad de trabajo³².

LAS VIRTUDES CARDINALES

La enseñanza cristiana tradicional ha sintetizado la actividad moral natural del hombre en el ejercicio de cuatro virtudes fundamentales, a las que da el nombre de *cardinales* porque son como el quicio alrededor del cual gira la vida moral: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Aunque, como es lógico, en la vida concreta del cristiano es imposible luego distinguir entre actividades morales naturales y sobrenaturales: la gracia todo lo eleva, lo sobrenaturaliza, lo diviniza.

La virtud de la prudencia permite encontrar los medios más aptos para llevar a cabo el bien moral que se desea. *Bienaventurado el hombre que alcanza la prudencia* —dice la Sagrada Escritura—, *porque su adquisición es mejor que la plata, más provechosa que el oro y más preciosa que las perlas*³³. La actitud prudente no está hecha de recelo, ni de mediocridad, ni consiste en la astucia o en una cierta habilidad para lograr particulares intenciones; se trata por el contrario de razonar rectamente —sobrenaturalmente, si se ejercita en estado de gracia— para encontrar en cada caso el mejor modo de servir a Dios y a las almas. *La prudencia de la carne es muerte, mas la prudencia del espíritu es la que da vida y paz*³⁴.

Para ser prudentes no basta poseer la fe y la ciencia moral: es preciso también conocer los hechos, las personas y las circunstancias concretas que nos rodean, y sacar de ellas una enseñanza para el futuro; esto se logra considerando las propias experiencias y pidiendo consejo a quien pueda darlo. Luego, en una segunda etapa, la prudencia exige relacionar entre sí esos conocimientos, discernir —a la luz de la fe y de los principios morales, y con la ayuda de la gracia— lo que realmente

(31) Homilía *Amar al mundo apasionadamente*, 8-X-1967;

(32) *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 52;

(33) *Prov.* III, 14-15;

(34) *Rom.* VIII, 6;

tiene importancia en orden a la decisión concreta que se debe tomar. Pero sólo en un tercer momento se ejercita plenamente la prudencia: cuando —una vez elegidos los medios más aptos para llegar al fin— se ponen en práctica esos consejos y juicios ³⁵.

Tan importante es la prudencia en la vida moral, que ha sido llamada *auriga de todas las virtudes*, porque a todas las dirige y regula. Por eso es un hábito imprescindible para edificar una recia vida cristiana. *El Señor nos quiere prudentes, ponderados, con medida en todas las cosas, con docilidad para aprender, y para llevar a cabo solícitamente cuanto se nos encomienda; prontos a evitar cualquier peligro con equilibrado espíritu de iniciativa; dispuestos a juzgar —si hay el deber de hacerlo—, cuando tengamos todos los elementos necesarios; y a huir habitualmente de la excesiva preocupación por las cosas temporales* ³⁶.

La virtud de la justicia impulsa a dar a cada uno lo suyo, a respetar los derechos ajenos. *La virtud de la justicia nos llevará, con alma sacerdotal y con mentalidad laical, a considerar nuestra dependencia del Señor en todas las cosas; a dar a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César* ³⁷. A Dios le debemos el amor ilimitado y sobre todas las cosas, la adoración, el culto, la obediencia incondicionada, el reconocimiento agradecido y humilde de que le debemos todo, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia. De los demás es el derecho al honor, a la hacienda, a la fama, a la vida...: dones naturales que Dios ha otorgado a sus criaturas y que nadie puede impunemente lesionar. *Por la virtud de la justicia seremos amigos de la libertad —primero de la legítima libertad de los demás, porque sólo así tendremos derecho a defender la nuestra—, la libertad que Jesucristo nos ha conseguido (Galat. IV, 31); seremos defensores de la verdad, que nos hará siempre libres —veritas liberabit vos (Ioann. VIII, 32); seremos agradecidos, afables, generosos, trabajadores; seremos amigos sinceros, leales, fieles —vos autem dixi amigos (Ioann. XV, 15)..., y sabremos reparar gustosos los errores que cometamos, recordando lo que os he enseñado tantas veces: que una de mis mayores alegrías es rectificar, cuando la rectificación es de justicia* ³⁸.

(35) cfr. Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 47, a. 3;

(36) *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 54;

(37) *Ibid.*, n. 57;

(38) *Ibid.*, n. 58;

*Ejercitaos también en la virtud humana de la fortaleza, que da vigor al alma para correr tras del bien, aunque sea difícil, sin que el miedo la detenga; y que os hará pacientes y perseverantes*³⁹. Con la fortaleza dominaremos los defectos del temperamento, soportaremos con alegría las contradicciones que sazonan la vida, no nos arredraremos ante las dificultades, nos creceremos en el esfuerzo y perseveraremos como hombres y mujeres de bien, que cumplen los propósitos que hicieron, cueste lo que cueste, particularmente en las cosas pequeñas de cada día...

*La fortaleza os dará también grandeza de alma, nobleza de carácter, magnanimidad, que es una disposición decidida de acometer grandes cosas por Dios y por el prójimo: vuestra vocación —escribe el Padre— para servir al Señor y a su Iglesia, exige de vosotros esta disposición espiritual*⁴⁰.

La cuarta virtud cardinal es la templanza, que modera el uso de los bienes de la tierra y nos ayuda a poner el corazón en el Cielo, *adonde no llegan los ladrones, ni roe la polilla*⁴¹. La templanza requiere que seamos modestos, sobrios, clementes, humildes; que amemos la honestidad, el pudor, la moderación, la mansedumbre, la mortificación⁴².

Si todas las virtudes cardinales son importantes para un cristiano, quizá la templanza tenga con cierta frecuencia especial relevancia práctica, porque continuamente se ofrecen ocasiones para ejercitarla. *Los hombres esperan de nosotros, los hijos de Dios en su Obra, ese bonus odor Christi, que —apoyado en nuestra templanza— les encienda y les arrastre.*

*Procuremos hacer todo con medida, que en eso está la templanza. Virtud cardinal, de cardo, quicio, gozne: firme punto de apoyo. Y en la firmeza de esa virtud cardinal vuestra, se apoyarán vuestros amigos, sin darse apenas cuenta; y llevaréis de hecho la dirección espiritual de muchos que no saben lo que es dirección espiritual y que quizá no querrían tenerla*⁴³.

Un cristiano no puede limitarse a vivir estas virtudes al modo humano, porque no es posible —de hecho— una perfección humana a espaldas de la perfección sobrenatural. Aunque las virtudes morales

(39) *Ibid.*, n. 62;

(40) *Ibid.*, nn. 62-63;

(41) *Luc.* XII, 33;

(42) *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 64;

(43) *Ibid.*, n. 65;

naturales son perfectas en su género ⁴⁴, es decir, aptas para *realizar obras buenas dirigidas a un fin proporcionado a la capacidad natural del hombre* ⁴⁵; cuando se trata del fin sobrenatural no bastan los esfuerzos humanos, sino que es necesaria una nueva intervención de Dios. Esta transformación en virtudes sobrenaturales que perfeccionan al hombre respecto al último fin, se realiza por la caridad ⁴⁶.

En cuanto a las virtudes que llevan a la vida bienaventurada, escribía San Agustín, afirmo que no son otra cosa sino la cifra y resumen del amor de Dios. A lo que se me alcanza, las cuatro formas de la virtud proceden de cuatro formas que en cierto modo reviste el amor. Aquellas cuatro virtudes las describiría yo sin vacilar del modo siguiente: templanza es el amor que se mantiene incólume para su objeto; fortaleza es el amor que todo lo soporta fácilmente por causa de aquello que ama; justicia es el amor que observa el orden recto, porque sólo sirve al amado; prudencia es aquel amor que es clarividente en todo lo que es favorable o dañoso.

Pero no hablo yo de un amor cualquiera, sino del amor a Dios, al bien supremo, a la suprema sabiduría y unidad. Así podemos formular con mayor precisión aquellas definiciones diciendo: templanza es el amor que se mantiene íntegro e incólume para Dios; fortaleza es el amor que, por Dios, todo lo soporta ligeramente; justicia es el amor que sólo sirve a Dios y, por esto, pone en su orden debido todo lo que está sometido al hombre; prudencia es el amor que sabe distinguir bien entre lo que es ventajoso en su camino hacia Dios y lo que puede ser un obstáculo ⁴⁷.

Las virtudes morales naturales —hábitos operativos, que se adquieren por el ejercicio continuado de acciones buenas— perfeccionan la naturaleza humana en su propio orden y, además, la disponen para ejercitar más fácilmente los actos de las virtudes sobrenaturales, que Dios infunde en el alma con su gracia. *Si ponemos empeño en vivir estas virtudes humanas y hacemos esfuerzos para elevarlas al orden sobrenatural, estaremos siempre llenos de alegría; de esa alegría que es tan propia de nuestro espíritu, y tan agradable a Dios, porque con-*

(44) cfr. Benedicto XIV, const. *De serv. Dei* beat. 3, 21, 6;

(45) Santo Tomás, *S. Th.* I-II, q. 65, a. 2;

(46) *Ibid.*;

(47) San Agustín, *De mor. Eccl. cath.* 1, 15, 21;

tribuye a hacer amable el camino a los demás, y nos facilita el renovar constantemente nuestra entrega: *in simplicitate cordis mei laetus obtuli universa, porque con sencillez de corazón habremos podido dar todo al Señor (I Par. XXIX, 17)* ⁴⁸.

Estas virtudes, sobrenaturalizadas, hacen de nosotros un terreno fértil para que podamos recibir con mayor eficacia las virtudes infusas, y son al mismo tiempo, de ordinario, una consecuencia de las virtudes teologales; porque el Espíritu Santo mora en el alma del justo —en la persona que cree en Dios, que espera en El, que le ama—, y actúa por las mociones de su gracia, comunicando una confianza filial en el Padre, y concediendo mayor facilidad para obrar el bien, incluso humanamente: *operatur in vobis et velle et perficere; nos hace querer lo bueno, y perfeccionar nuestra acción (Philip. II, 13), ayudándonos de modo especial: postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus, pide por nosotros con clamores inenarrables (Rom. VIII, 26), para mejorar nuestra conducta humana* ⁴⁹.

(48) *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 69; | (49) *Ibid.*, n. 53.